

TENGO EL CORAZÓN PARTIDO

*Por Carmen Ansotegui
ESADE (Universitat Ramon Llull)*

Crecí con la idea de que el gobierno y las instituciones servían para ordenar el camino al desarrollo, los impuestos habían de ser progresivos y el trabajo era parte del desarrollo como persona. Los mercados financieros eran el mecanismo que permitía que el proceso fuese fluido. Treinta años después me encuentro en una sociedad en la que se destruye riqueza, en la que un comentario normal es la suerte por tener trabajo, en la que el gobierno me fríe a impuestos indirectos, y como soy asalariada, también a los directos; y donde la desigualdad y la precariedad apuntan más a un horizonte post-medieval que al paraíso de prosperidad prometido tanto por capitalismo como el comunismo, con muy distintos planteamientos sobre el papel del Estado en la economía.

Toda aquella esperanza en la prosperidad se ha desvanecido, y tengo el corazón partido. Es la edad, sí; y la pérdida de la inocencia, también; y la aceptación de que la incertidumbre pesa más de lo que la juventud me permitía admitir, y lo que en palabras de Morin es que el camino hacia el crecimiento no es lineal. Que la creación de riqueza ha de ir acompañada, como todo en la vida, de la aceptación de la muerte.

A tenor del comportamiento del mercado financiero infiero que durante años ha compartido mi visión determinista del mundo; no han sido los únicos, pero quizá sí los más representativos. Sin ningún tipo de vértigo el valor de los mercados financieros pasó de 54 billones en 1990 a 212 en 2010¹ Incluso en 2014, sin salir de la crisis financiera, la capitalización de la bolsa americana en relación a la producción está altísima, a niveles pre-crisis 2007. Y los productos que más han crecido no son precisamente los que contribuyen a la estabilidad del sistema: deuda, derivados, titulaciones, etc., hasta el extremo de que las materias primas, incluido el grano, son productos financieros. El control de riesgos financieros aparece como un tema exclusivamente técnico, los modelos de medición permiten mantener el control. Es la visión prepotente de tecnoburócrata del sistema, trasladada del gobierno a las empresas.

Cuando la música deja de sonar contenemos la respiración a la espera de ver la magnitud del desastre. Según como se mire no ha sido para tanto, hemos conseguido salvar los bancos, hemos podido seguir financiando el día a día. La pobreza y el sufrimiento de las políticas de ajuste tienen visibilidad limitada en las estadísticas. Así

¹ McKinsey Global Institute, August 2011. Mapping Global Capital Markets.

mirado, hasta parece que tiene sentido seguir con las mismas políticas de preservar los negocios.

Si volvemos la vista atrás y miramos el tipo de organización económica en la que hemos basado el crecimiento se pueden ver algunos riesgos inherentes al modelo de crecimiento de los últimos años. Vemos como las grandes empresas están excesivamente ligadas a las actuaciones gubernamentales. Mientras que a los bancos ha habido que rescatarlos, demasiado trascendentes para que puedan quebrar, las pequeñas empresas caen como mosquitos, pero no parece que sea relevante. Se pone de manifiesto que la competencia no es el valor supremo del capitalismo. En palabras de Zingales se ha pasado de la economía de mercado a la economía de los negocios. Incluso The Economist habla recientemente de *crony capitalism*, el capitalismo de amiguetes. El estado interviene en la economía, pero no en aras de bien común sino para favorecer determinados intereses. Es la política de las subvenciones, el clientelismo político y la corrupción; la que lleva a una pésima asignación de recursos; la de los famosos aeropuertos y autopistas vacías, la de la energía renovable subvencionada convertida en activo especulativo, y que pagamos ahora en el recibo de la luz.

Una lección aprendida de la crisis es que el crecimiento es importante, pero también la velocidad y el equilibrio. Mantener la flexibilidad del tejido productivo exige una política de instaurar las condiciones necesarias para que las empresas puedan morir, porque es sano para la economía. El exceso de velocidad propicia la falta de control y con ello se abre la puerta a la corrupción, a planteamientos de toma de decisiones a corto plazo. Que las empresas asuman totalmente la responsabilidad de sus decisiones exige también que corran con el riesgo real de quiebra. No basta con crear grandes entidades que son gigantes con pies de barro. También habrá que librarse de los prejuicios de los 90, quizá la situación ideal no sea que haya muchas empresas públicas, pero tampoco seamos hipócritas, si se pueden nacionalizar las pérdidas, ¿por qué no los beneficios?

Lo que me parte el corazón es el reconocimiento que durante la época buena nos cegó el crecimiento acelerado y no fuimos capaces de parar el sinsentido de muchas de las decisiones de los poderes públicos. Tendremos que desarrollar mecanismos para que la sociedad civil sea más co-responsable con las instituciones gubernamentales ya establecidas.